

Maldita sea

Vicente Montañés

El Cristo entrando en Bruselas
Editorial Cuarto Propio, 2003.
272 páginas.

Omnipresente e infatigable intelectual todoterreno, el psiquiatra Marco Antonio de la Parra ha animado por tres décadas, y desde infinitos ángulos, los volubles escenarios de la macrocomedia cultural chilena. Además de autor de piezas teatrales ya clásicas en la dramaturgia nacional, nuestro hombre es -entre otras cosas- un entusiasta narrador, ensayista, actor ocasional, jurado de concursos, comentarista de televisión y opinador sobre sexualidad masculina.

Con su nueva novela, "El Cristo entrando en Bruselas" -cuyos primeros borradores datan de los años ochenta-, De la Parra parece culminar una obsesión mística largamente masticada, a la vez que traza un retrato alucinado y metafórico del Chile de fines del siglo veinte. El origen, o la chispa inicial, de este delirante relato es de índole pictórica: un célebre cuadro de James Ensor donde una multitud expresionista celebra al así llamado "hijo de Dios", figurita no muy visible y montada en un burrito.

Aunque insignes damas y varones de nuestra república de las letras alcen sus voces en discordia, cabe afirmar que, en cuanto a su registro alegórico y su eficacia expresiva, "El Cristo entrando en Bruselas" crea insospechados vínculos con textos de tan opuesta factura como, digamos, "Lumpérica", de Diamela Eltit, obra prestigiada por su ilegibilidad. De la Parra, con técnicas muy diferentes, consigue una similar dificultad de degustación, pues, a medida que avanzan los capítulos, la frenética movilización rumbo a Bruselas de variados peregrinos monologantes -damas ligeras de cascos, reporteros y humoristas, espías en busca de Marcel Proust- va extraviando sus muchas posibilidades imaginativas.

Una causa de esto son las reiteraciones estilísticas -perniciosa es la recurrente manía de enumerar tres o cuatro imágenes seguidas y relativamente sinónimas- y la homogeneidad de un tono sincopado que genera la sensación, equivocada o no, de que los distintos narradores-personajes son siempre el mismo, cualesquiera sean su oficio o su sexo. La narración misma -descripciones, reflexiones, acciones- se torna inasible y dispersa, extenuante por la dificultad de discernir, frase a frase, lo central de lo accesorio. Es como si la realidad literaria creada por el lenguaje no lograra ponerse en foco.

Sometido el lector a un voraz bombardeo de asociaciones de todo tipo, dan ganas de morder el libro y preguntarle al autor por qué diablos esa avalancha verbal no fue encauzada para darle real consistencia a lo que era una idea-madre muy prometedora: la confluencia carnavalesca, policial y paródica de un sinfín de personajes, cada uno atormentado por sus propias alegorías de la desdicha personal o histórica, en esta fantasmal metrópoli donde todo es y no es, y donde el Cristo aparecido-desaparecido sólo ha de sembrar la más espeluznante duda sobre sí mismo y el mundo.

Vistos esos antecedentes, no parecía tan difícil armar una original y significativa novela. ¿Por qué no fue así? La clave puede hallarse en la confesión que el incontinente narrador hace en la página 108: "Mi ansiedad de toda la vida, la que tantas cosas me ha arruinado..." Maldita sea.



Al leer la nueva novela de Marco Antonio de la Parra, dan ganas de morder el libro y preguntarle al autor por qué diablos no encauzó su avalancha verbal para darle real consistencia a lo que era una idea-madre muy prometedora.

Maldita sea [artículo] Vicente Montañés.

Libros y documentos

AUTORÍA

Montañés, Vicente

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Maldita sea [artículo] Vicente Montañés. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

